

El emperador León V ordena blanquear un icono (Museo Británico, Londres). León V fue un ferviente iconoclasta. Durante su reinado repudió los acuerdos del Concilio de Nicea y volvió a poner en vigor los cánones iconoclastas.

Bizancio, desde la iconoclastia hasta el Imperio latino de Constantinopla

En los capítulos anteriores hemos visto el Imperio bizantino de Constantinopla tratando de intervenir en los asuntos de Occidente. Edificada sobre el asiento de Bizancio, la ciudad de Constantino se llamó primero *Nea-Roma* y durante la Edad Media creyó conservar la sucesión y los derechos del antiguo Imperio romano. El emperador se honraba con el calificativo de *Augusto,* y el colega destinado a sucederle se adjudicaba el título de *César;* había en Constantinopla cónsules y senado, y hasta muy tarde los documentos se redactaron en griego y en latín.

Pero nunca Constantinopla pudo hacer valer por entero sus derechos. Si bien Justiniano recobró Italia y África del Norte, estas provincias se perdieron otra vez por las invasiones de los longobardos y los árabes. En las Galias y en España, aunque a veces los monarcas francos y visigodos se dirigieran al emperador bizantino como al soberano universal, de hecho se consideraban independientes. Por fin, bajo la presión del Islam, Constantinopla tuvo que renunciar a sus aspiraciones al imperio único y aceptar el hecho consumado de un emperador germáni-

EL IMPERIO BIZANTINO (565-1054)

Dinastías y emperadores bizantinos

565-610 Sucesores de Justiniano: Justino II, Tiberio II, Mauricio y Focas.

DINASTIA DE HERACLIO (610-717)

610 Heraclio, exarca de Cartago y jefe de la sublevación contra Focas, es coronado emperador (610-641).

641-668 Constante II.

668-685 Constantino IV.

685 El título imperial es disputado por varios pretendientes: Justiniano II (685-695; 705-711); Leoncio y Tiberio III (698-705); Filípico Bardanes, Anastasio II y Teodosio III (711-717).

DINASTIA ISAURICA (717-867)

717-741 León III, antiguo jefe del tema de Anatolia, sublevado contra Teodosio.

Retrocesos y conquistas de Bizancio

Fin del siglo VI El Imperio bizantino es atacado en todas las fronteras: en Occidente, los lombardos invaden Italia (568); en Oriente se abre una larga guerra fronteriza contra los persas (572-591; 602-603, reanudación de las hostilidades). En los Balcanes menudean las incursiones de eslavos y ávaros; desde el año 580, los eslavos empiezan a establecerse definitivamente en la península balcánica.

613-630 Bizancio lucha por su existencia contra los persas, que han emprendido la conquista sistemática del Imperio.

635 La conquista de Damasco, capital de Siria, inicia la expansión árabe sobre territorios bizantinos.

635-655 Los ejércitos bizantinos evacuan Palestina, Siria, Egipto y Mesopotamia. La flota árabe compite en el Mediterráneo oriental con la marina bizantina.

640 El emperador León III reduce el enfrentamiento con los árabes a una guerra de fronteras.

674-678 Los árabes sitian Constantinopla.

718 Nuevo sitio de Constantinopla por los árabes.

Disputas religiosas y organización interna

Hacia 600 Organización de los exarcados.

613-614 La Iglesia bizantina predica la cruzada contra los persas y pone sus riquezas a disposición del emperador.

630-640 La administración provincial se militariza: régimen de temas.

638-680 El monotelismo, doctrina oficial en el Imperio bizantino.

663 Constante se establece en Siracusa, a la que desea convertir en nueva capital de su estado.

674 Los bizantinos utilizan contra los árabes el fuego griego.

695 Una sublevación popular, provocada por las excesivas cargas fiscales, destrona a Justiniano II. Se abre una larga crisis.

Dinastías y emperadores bizantinos

741-755 Constantino V.

775-780 León IV, casado con Irene.

780-797 Irene, regente durante la minoridad de Constantino VI.

797-802 Irene, emperatriz, tras destronar a su hijo.

802-811 Nicéforo, tras un golpe de estado contra Irene.

811-867 Anarquía: varios emperadores se suceden rápidamente, alzados o depuestos por sublevaciones o intrigas familiares.

DINASTIA MACEDONICA (867-1057)

867-886 Basilio I.

886-912 León VI el Sabio.

913-959 Constantino VII; gobierno efectivo del general Romano Lecapeno.

963-969 Nicéforo Focas, casado con la viuda de Romano, hijo de Constantino VII.

969-976 Juan Tzimiskés, yerno de Constantino VII.

976-1025 Basilio II, hijo de Romano.

....

1056-1057 Miguel VI.

Retrocesos y conquistas de Bizancio

756-763, 773-775 Constantino V intenta imponer el protectorado bizantino al nuevo estado búlgaro-eslavo constituido a principios de siglo en los Balcanes.

811-813 Terrible derrota de Nicéforo en los Balcanes; los búlgaros sitian Constantinopla.

864 Boris, kan de los búlgaros, se convierte con su pueblo al cristianismo y firma una estrecha alianza con Bizancio.

894-896 Ruptura entre Bizancio y Bulgaria por cuestiones comerciales.

913-927 El zar Simeón se proclama candidato a la corona imperial y sitia Constantinopla.

963-976 Guerra contra los búlgaros con el apoyo del ejército ruso. Anexión de Bulgaria oriental.

1014 Con la derrota del monte Belasica concluye la resistencia búlgara. Basilio II incorpora la península balcánica al Imperio.

1050 Las tribus pechenegas penetran en la península balcánica.

Disputas religiosas y organización interna

726 Publicación de una nueva recopilación legislativa: la "Ecloga" de León III.

730 León III inicia la persecución contra los iconodulos.

754 Un sínodo iconoclasta da una base legal al emperador para continuar su política religiosa.

787 Séptimo Concilio Ecuménico: condenación de la iconoclastia.

821 Sublevación de Tomás el Eslavo apoyado por los árabes.

837 Reapertura de la querella iconoclasta.

Hacia 850 Polarización de clases: "penetes" (pobres) contra "dynatoi" (ricos).

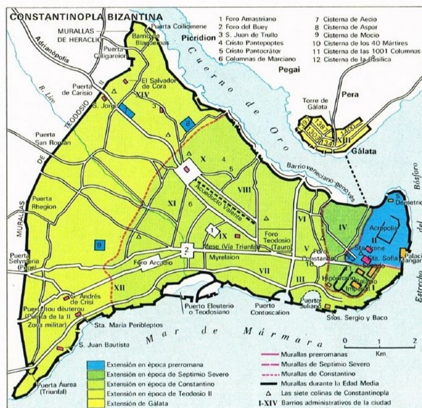
886 Las "Basilikas" de León VI.

919-944 La legislación antinobiliaria de Romano Lecapeno.

1054 Separación definitiva de la Iglesia griega.



Cristo crucificado entre la Virgen y San Juan (tesoro de la basílica de San Marcos, Venecia). El culto de estos iconos, al igual que el de los pintados y realizados en mosaico, extendido ampliamente por todos los estamentos de la sociedad bizantina, iba a desencadenar una de las crisis más importantes de la Iglesia oriental.



co para las provincias occidentales. Con todo, el emperador de Constantinopla a veces encabeza sus cartas a Luis el Piadoso llamándole "rey de los francos y longobardos, que se titula a sí mismo Emperador". Es una vulgar equivocación suponer que Bizancio permaneció en continuada decadencia y que sus emperadores fueron una serie de monarcas incapaces, irresolutos y soñadores. Varios murieron en el campo de batalla, otros perecieron víctimas de su política o de sus ideas teológicas; sólo algunos acabaron sus días en el triclinio dorado del palacio imperial. Los últimos vástagos de cada dinastía solían ser tonsurados a la fuerza o morían asesinados por un caudillo ambicioso que llegaba de provincias y rejuvenecía con sangre nueva al Imperio en peligro.

Lo que paralizó la vida de Bizancio fueron sus problemas gigantescos, algunos de ellos insolubles. Bizancio se hallaba en la frontera de la cristiandad, y era natural que allí aparecieran siempre nuevas herejías, pues los sectarios tenían empeño en atraer la gente de la capital a sus extravíos. Muchos de los errores que empezaron a ser motivo de una simple controversia local, acabaron por debatirse en Bizancio. De este modo, si cada una de las provincias tuvo sus días de trastorno y su herejía propia, Bizancio, en cambio, sufrió por todas las heterodoxias y desatinos, puesto que todos repercutieron en la capital.

Bizancio también sirvió de baluarte a los pueblos de Europa contra los persistentes ataques de las gentes del Asia. Primero, continuó la perpetua guerra de Roma con los persas, después detuvo a los árabes, ávaros y búlgaros por casi un milenio. Ya el año 668, el 45 de la hégira, una armada árabe llegó delante de las murallas que defienden a Constantinopla por el lado de los estrechos; medio siglo más tarde, el año 717, los mahometanos penetraron en el Bósforo con mil ochocientas naves..., y si esto ocurría por mar, puede imaginarse lo que sucedería por tierra.

En la lucha secular entre Bizancio y el Islam, el Occidente sólo ayudó con las cruzadas, que ocasionaron al Imperio de Cons-

tantinopla más perjuicios que beneficios. Además del egoísmo propio, existía el recelo que despertaba en los latinos la Iglesia oriental, en especial tras la violenta querella sobre el culto de las imágenes. En Constantinopla se había logrado crear una completa iconografía cristiana. Además de la imagen de Jesús sentado en un trono imperial, se veneraron varias imágenes de la Virgen de pie y sentada. Una de ellas, la Odogetria, la Patrona de los carteros, fue introducida y aceptada en Occidente. En tiempo de Carlomagno la encontramos en Aquisgrán y en Venecia, antes que en Roma.

La difusión de la iconografía bizantina se vio perjudicada por la querella que llamamos iconoclasta. Contribuyó a enardecerla la propaganda que hacían los musulmanes contra el culto de reliquias, santos e imágenes. Sería una exageración creer que los emperadores que promulgaron edictos contra el culto de las imágenes lo hacían contaminados por las simples ideas de monoteísmo y misticismo que fueron la fuerza del Islam en sus primeros siglos.

León III, el iniciador de la "reforma", había vivido muchos años en contacto con los musulmanes, aunque sólo fuese para combatirlos. Había nacido en la montaña de Isauria, también en la frontera, y con su rudeza



Moneda del emperador León III, fundador de la dinastía Isaura, que se erigió en portavoz de aquellos bizantinos que, seguramente por influencia islámica, condenaban el culto de las imágenes (Museo Británico, Londres). Con ello empezaba la querella iconoclasta, que repercutiría en Occidente acercando el papa a los reyes francos y emperadores germánicos y rompiendo la dependencia que la Iglesia del sur de Italia tenía respecto de Constantinopla.

Escenas de caza en un manuscrito bizantino del siglo XI (Biblioteca Nacional, París).

LA CRUZADA FUERA DE TIERRA SANTA

El éxito que el llamamiento a la cruzada tuvo durante los siglos XII y XIII estimuló la aplicación de la misma idea en otros ámbitos de acción. Poco a poco, la cruzada fue convirtiéndose en un factor de gran importancia para apoyar determinadas actitudes políticas. Esto falseó su sentido primitivo y contribuyó, a la larga, a su desprestigio, pero tuvo una considerable importancia histórica. Podemos clasificar someramente las aplicaciones de la cruzada fuera de Tierra Santa como sigue:

1) *Lucha contra el Islam en otros espacios geográficos.* Ya algunas cruzadas del siglo XIII se dirigen no contra Jerusalén, sino contra Egipto y Túnez, como las dirigidas por Luis IX de Francia. Desde el siglo XIV, la expansión de los turcos otomanos en Asia Menor y en los Balcanes constituye un peligro grave, y se otorga la consideración de cruzada, con indulgencia para los combatientes y sus colaboradores, a todas las empresas bélicas iniciadas contra ellos, desde la que terminó en el descalabro de Nicópolis (1396) hasta la que llevó a la victoria terrestre ante Viena (1529) y a la naval de Lepanto (1571).

2) *Lucha contra el Islam en España.* Hasta el siglo XI, las relaciones entre España musulmana (Al- Andalus) y España cristiana se habían mantenido en relativa armonía, aunque sin cordialidad, y las luchas tenían el carácter de contiendas internas, sin apoyos ideológicos de gran alcance. A lo largo de aquel siglo, la Reconquista sucede a la situación anterior; se la dota de argumentos históricos, considerándola como recuperación de tierras usurpadas, y religiosos, al equipararla a la cruzada por ser guerra contra los enemigos de la fe. Ambas argumentaciones permanecerán en el futuro, hasta la caída de Granada en 1492; facilitarán la aparición de Órdenes militares en la península y fomentarán un espíritu colectivo y una línea de acción política específicos al ser los reyes españoles brazo armado de la cristiandad en su lucha contra el infiel, hasta el punto de que los pontífices siguieron otorgando habitualmente indulgencias de cruzada en los siglos de la edad moderna, con una finalidad cada vez más mixtificada y como privilegio especial a los súbditos de los reyes españoles.

3) *Lucha o acción cristianizadora de paganos.* Al extenderse la posibilidad de indulgencia de cruzada a este campo, fue posible que el espíritu cruzado se utilizara como argumento, sobre todo en las luchas que la Orden de los Caballeros teutónicos y la de los Portaespadas mantenían en Prusia y Livonia contra los pueblos baltos paganos, e incluso contra países católicos como Polonia. Pero la posterior distinción entre pagano e infiel impedirá que esta vía bastarda de la cruzada prospere más allá del siglo XIV.

4) *Lucha contra los herejes.* La concesión de indulgencias propias de la cruzada para la guerra contra herejes en el seno de la civilización europea no fue frecuente en la Edad Media. Vemos, sin embargo, cómo Inocencio III desencadenó así una cruzada contra el núcleo herético más importante de los siglos XII y XIII, el de los cátaros o albigenses, concentrado muy especialmente en Languedoc, es decir, las regiones meridionales de la actual Francia. La guerra contra los albigenses, entre 1208 y 1229, se convirtió, no obstante, en asunto marcadamente político al aprovecharla los reyes de Francia como medio de sujetar a su soberanía directa aquellas regiones, con perjuicio de su autonomía anterior y de los intereses de otros poderes políticos, entre los que se contaban los condes de Barcelona.

La aparición de las herejías bajomedievales, como el husismo checo a comienzos del siglo XV, y del movimiento protestante en el siglo XVI renovaría el empleo de la cruzada como instrumento de lucha, mientras tuvo vigencia en la mentalidad colectiva de algún sector de la sociedad europea.

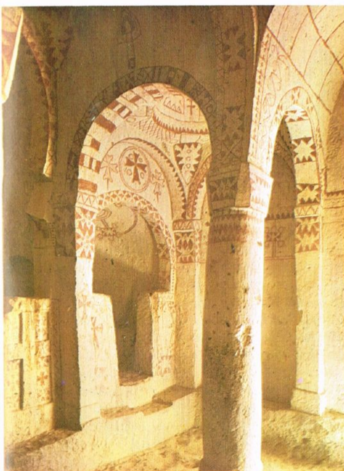
M. A. L. Q.



y simplicidad nativas suponía que ciertos trastornos volcánicos que ocurrieron en el archipiélago por el año 726 eran una manifestación de la cólera divina por el exaltado fervor con que allí se veneraban las imágenes. Por esta época todavía el Imperio bizantino tenía posesiones en Italia, y el papa reconocía aún al emperador como el monarca supremo de la cristiandad y su protector contra los ataques de los longobardos. Pero al promulgarse el edicto de León III en que prohibía el culto de las imágenes, los italianos se rebelaron y el papa buscó otro defensor en el rey de los francos. Un concilio reunido en Roma (731) excomulgó a cuantos se oponían al culto tradicional, lo que demostró claramente que la Iglesia romana se sentía independiente del emperador de Constantinopla.

Tapa de un Evangeliario bizantino del siglo X (Biblioteca degli Intronati, Siena). Junto a la labor del metal repujado, técnica en la que sobresalieron orfebres y artesanos orientales, debe apreciarse en esta tapa la exquisita finura de los esmaltes.

Exterior e interior de una de las iglesias rupestres de Göreme (Capadocia), la de Santa Bárbara, ejecutada en la época iconoclasta. Obsérvese que la decoración interior es meramente geométrica.



En Oriente la prohibición produjo también una impresión desfavorable. San Juan Damasceno expuso a las claras la falsa posición del emperador cuando dijo que "no era incumbencia del poder civil legislar en materias religiosas". Durante el tiempo que vivió León III, la prohibición no fue aplicada rigurosamente; muchas de las iglesias de Constantinopla y el palacio del patriarca conservaron la decoración de sus frescos y mosaicos. Pero el hijo de León III, llamado Constantino V el Sucio, extremó la persecución de las imágenes sin reparar en sus consecuencias. A diferencia de su padre, que era un montañés de escasa cultura, Constantino V tenía pretensiones de teólogo y escribía sermones y libros para probar la aberración del culto de las imagenes de los santos y de la Virgen. Al quedar vacante la silla patriarcal (753), el emperador convocó un concilio en uno de sus palacios del Bósforo, al que concurrieron más de trescientos obispos. Los prelados no aceptaron todas las opiniones del emperador; mantuvieron las doctrinas de la Iglesia respecto a la intercesión de la Virgen y de los santos, pero condenaron el culto de los iconos, "cosa detestable y abominable", que debía ser castigado como una rebeldía contra los mandamientos de la Ley de Dios y la doctrina que había sido sustentada por los Santos Padres.

Desde aquel momento el emperador hizo suya la decisión del concilio de Constanti-



Relicario bizantino en forma de iglesia armenia (tesoro de la basílica de San Marcos, Venecia).

UN SISTEMA DE DEFENSA: LOS TEMAS

Desde su aparición, el Imperio bizantino ve amenazada su existencia por la expansión de pueblos que repetidamente invaden su territorio: germanos, persas, árabes, entre los principales.

En el período crítico, que se extiende desde la muerte de Justiniano hasta el advenimiento de la dinastía isáurica, la organización provincial y local del estado bizantino se remodela, dando paso al llamado "régimen de temas".

Sólo existe administración bizantina regular allí donde hay temas. La progresiva extensión del régimen de temas en los siglos IX y X señala el éxito obtenido por los bizantinos en la reconquista de sus territorios.

Heraclio superpondrá a las antiguas provincias romanas de Asia Menor cuatro temas. Varias provincias forman un tema, palabra que en principio significa tan sólo "compañía de soldados". La máxima autoridad del tema es el estratego o jefe de las tropas acantonadas en él. Todas las autoridades del tema le están subordinadas y sus facultades no cesan de extenderse, en detrimento de los procónsules o gobernadores civiles de las provincias.

Amenazadas las provincias occidentales por las últimas oleadas germánicas, el emperador Mauricio agrupa sus restos en dos exarcados: Ravena y Cartago. Es la creación, sobre todas las circunscripciones administrativas anteriores, de un mando militar único –el exarca–, con poder absoluto sobre todas las autoridades civiles. La administración provincial se militariza para sobrevivir a las invasiones.

Junto a esta militarización del poder local, idéntica a la de los exarcados, Heraclio introduce en los temas una forma especial de servicio militar: el soldado-campesino. Una parte del territorio de cada tema es declarado propiedad militar, dividido en lotes y distribuido entre los soldados a cambio de una prestación militar permanente. Estos bienes son hereditarios e indivisibles, como hereditario es el compromiso militar que pesa sobre ellos. Son lo suficientemente extensos como para permitir al soldado mantener su familia y costearse su equipo de combate. Están exentos de impuestos.

Con la dinastía isáurica, los temas se subdividen en pequeñas unidades, tanto para dar mayor efectividad a sus contingentes militares como para evitar las competencias peligrosas de estrategos demasiado poderosos. En el siglo X, con la reconquista por Bizancio del Asia Menor y los Balcanes, cristaliza definitivamente el régimen de los temas, que cubren todo el territorio y tienen una extensión uniforme. Desaparecen las antiguas autoridades provinciales.

Heraclio crea una clase interesada en la existencia del Imperio, a la vez que libera al estado de la carga que representa costear un ejército de mercenarios. Frente a la gran propiedad y al esclavismo del Bajo Imperio romano, en el Bizancio medieval predomina la pequeña propiedad libre, de la que el soldado-campesino es el componente privilegiado, pero no único. Acantonado en tierras de nadie, cada soldado es, con su familia, un colonizador. Sus hijos se aprovechan de las ventajosas condiciones que existen en la frontera para roturar nuevas tierras y hacerse un patrimonio propio. Es una tendencia que el estado mismo animará y apoyará.

nopla, para oponerla a la del concilio de Roma, y además creyó tener la obligación de castigar a los que se mostraban recalcitrantes. Algunos sufrieron martirio. Los monjes especialmente continuaron siendo ardientes defensores de las imágenes sagradas, motivo por el cual varios monasterios fueron clausurados e incluso uno fue transformado en arsenal.

El sucesor de Constantino V mantuvo la persecución, pero su reinado fue cortísimo, y a su muerte quedó como regente de un niño de diez años la emperatriz Irene, que procedió devotamente a la restauración de las imágenes. Irene no retrocedió para ello ni aun ante los mayores crímenes; al advertir que su hijo, ya crecido, demostraba visible frialdad hacia las imágenes benditas, le incapacitó para ocupar el trono vaciándole los ojos en la misma cámara donde había nacido. Igual suerte corrieron los parientes de su marido, y ya sin temer competencia, Irene pudo reinar hasta el año 802, en que una conspiración de los iconoclastas elevó al trono una nueva dinastía. Se había concertado el casamiento de Irene con Carlomag-



Buque bizantino del siglo XI, *según miniatura de un manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de París.*

no, quien hubiera terminado la disputa, pero Irene fue depuesta y acabó sus días en el destierro.

La nueva dinastía, entronizada en la persona de Nicéforo I, no satisfizo a ninguno de los dos bandos en que se habían dividido la Iglesia y el pueblo de Bizancio; así es que, pocos años después, el 813, un general del ejército de Anatolia, de origen armenio, entró en Constantinopla "para velar por la seguridad del estado y defender el Imperio cristiano". León V el Armenio creía sinceramente que los cristianos eran vencidos, en sus guerras con los paganos, "porque se habían prosternado delante de las imágenes". Consecuente con esta idea, hizo desempolvar del archivo las decisiones del concilio de Constantinopla del 753 para aplicarlas con todo rigor. Los monjes protestaron otra vez, usando los mismos argumentos de medio siglo antes: "Las



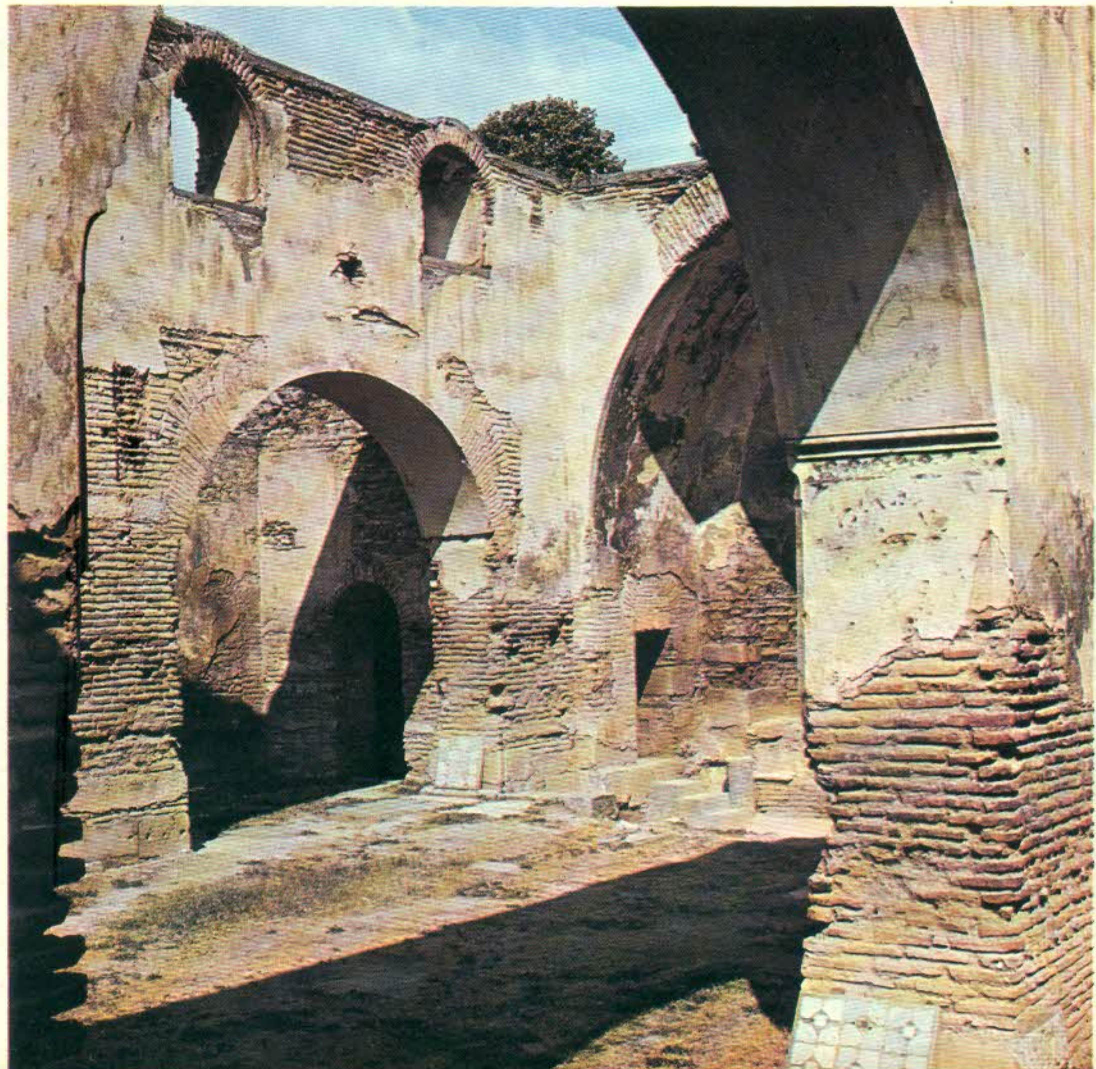
Constantino VI preside el VII Concilio Ecuménico, celebrado en Nicea (miniatura del presbítero Anirio; Biblioteca Vaticana). Nieto de Constantino V, era menor de edad a la muerte de su padre, por lo cual ejerció la regencia la emperatriz Irene, decidida defensora de los iconos, quien luchó contra su propio hijo y lo mandó cegar para alzarse con el mando absoluto en el Imperio. Al fin, un general, Nicéforo, ocupó Constantinopla, se hizo emperador y desterró a Irene a la isla de Lesbos.

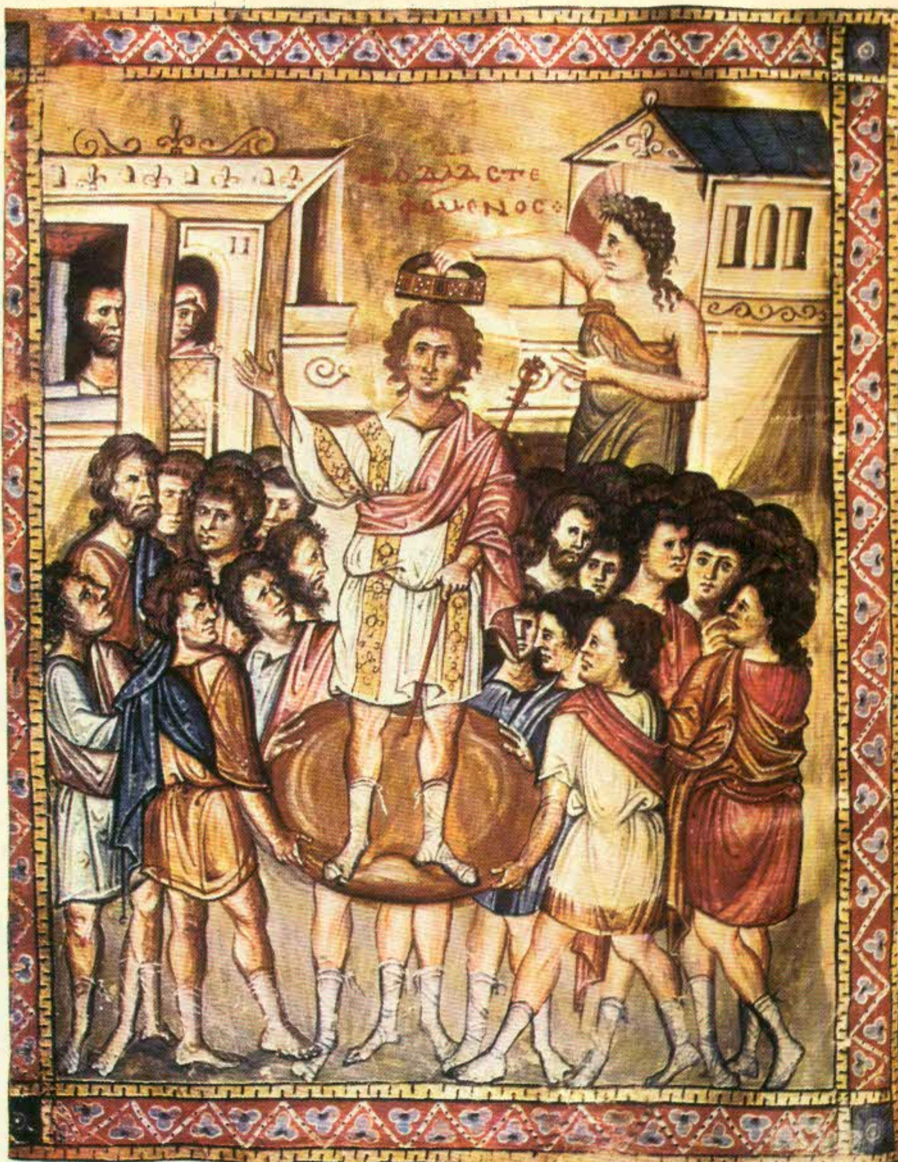


cosas eclesiásticas son ajenas a la administración secular... El apóstol San Pablo habla de profetas, evangelistas y otras dignidades de la Iglesia, pero no menciona al emperador". León V contestó recordando las palabras de Jesús, que hay que adorar en espíritu y en verdad..., pero también fue víctima de su "celo". El día de Navidad del año 820, mientras el emperador estaba cantando himnos, mezclado entre los coristas de la capilla imperial, sus enemigos le derribaron sin vida, de un solo golpe, al pie del altar.

Uno de los conjurados, Miguel el Tartamudo, ocupó el trono, tratando de contentar a todo el mundo con una gran tolerancia. A pesar de su "liberalismo", hizo públicas manifestaciones de no querer rendir culto a las imágenes; sus convicciones debían de ser muy arraigadas, pues escribió a Luis el Piadoso para que intercediera ante el papa a fin de conseguir que éste le ayudara, desde Occidente, a combatir el culto de las imágenes. El emperador bizantino sabía que la querella había repercutido en la Iglesia latina y que algunos obispos italianos y españoles, acaso también por la proximidad del Islam, se habían manifestado iconoclastas. Pero no puede decirse que esta herejía, o disputa, hiciera peligrar la unidad de la Iglesia roma-

Dos vistas de la iglesia de la Hagia Sofía de Nicea, donde se celebró el Concilio ecuménico VII (787), que condenó la iconoclastia como herejía. Pero su importancia fue aún mayor al proporcionar a los partidarios de los iconos una arma que facilitó sus posteriores luchas contra los iconoclastas.





Miguel I Rangabé coronado por el patriarca Nicéforo y ambos elevados sobre el pavés, rodeados de senadores y soldados (Biblioteca Nacional, París). Este emperador ocupó el trono bizantino tras las muertes de Nicéforo I (811-813) y su hijo Staurakios. Fue partidario del culto de las imágenes.

na; el Occidente había recibido de Roma el sentido corpóreo de las cosas divinas, mientras que el Oriente, más filosófico, creía suficientes las puras ideas. Por esto la querella de las imágenes, mientras en el occidente latino fue una pasajera nube de verano, en Constantinopla duró más de un siglo.

El hijo de Miguel el Tartamudo, llamado Teófilo, fue también iconoclasta, pero a su muerte, al quedar de regente la emperatriz Teodora, se restableció la ortodoxia, y las imágenes más veneradas fueron llevadas en procesión desde la iglesia de las Blaquernas hasta Santa Sofía. Era el primer domingo de cuaresma (843); por la noche la emperatriz dio un banquete, y en la mesa ocuparon lugar preferente los que habían luchado en favor de las imágenes.

Pese a esta "retractación", el Occidente y



Arado del campo mediante bueyes, según una miniatura bizantina del siglo XI (Biblioteca Nacional, París).

LA ICONOCLASTIA, ¿HEREJIA O PARTIDO?

En los tiempos de León III Isáurico no resultaba posible lograr una total delimitación de los elementos religiosos y políticos que componían el desarrollo vital de la sociedad bizantina, al menos en el sentido que en los tiempos modernos han venido a distinguirse las ciencias sociales y políticas de las diversas interpretaciones religiosas de la historia.

Todavía no hacía demasiados siglos que el cristianismo había luchado por conservar su original novedad respecto de las demás religiones existentes, pero sin poder evitar la representación del secular papel que a la religión le correspondía en el mundo grecorromano. De Constantino y Teodosio a León III, en alianza con Carlomagno, junto a la nueva situación aparecida con el Islam, nacido con la total unión de religión y política, el cristianismo, que logró salvar al menos su independencia jerárquica frente a las pretensiones del emperador, conoció multitud de secesiones religiosas, que inevitablemente habían de moverse en la ambivalente dualidad de los dos principios de autoridad. Los iconoclastas son un buen ejemplo exponente de aquellas complejas situaciones, ejemplo de lo política que fue a veces la religión, hasta el punto de que los elementos religiosos implicados en la cuestión poseyesen escaso valor.

En ocasiones, la cuestión de la iconoclastia se expone con demasiados prejuicios modernos, provenientes de posteriores conflictos religiosos, como puede ser la Reforma protestante y la contrarreforma romano-tridentina, cuando, sin embargo, la situación coyuntural de uno y otro momentos históricos son harto distantes y diferentes. Por ello el pleito de las imágenes resulta a veces presentado con excesiva unilateralidad desde el punto de vista de los conflictos religiosos o precismáticos. Es innegable que los iconoclastas formaban, al menos en principio, un grupo religioso capaz de merecer la condenación eclesiástica, pero ya no resulta tan fácil la afirmación aplicada a León III cuando sus imperativos político-sociales le llevaron a tomar partido a favor de los iconoclastas en la difícil coyuntura política debida a que una armada árabe atravesó los Dardanelos para asediar a Constantinopla. De modo que lo que inicialmente comenzó siendo una postura religiosa, al ser considerada en su propio contexto sociopolítico pueda entenderse como una poderosa fuerza política o, en otro contexto, como una definitiva transformación en la evolución del arte bizantino.

Para comprender el fenómeno iconoclasta hay que reconocer que el cristianismo desde sus orígenes había sido reacio a reducir lo numinoso a una representación plástica. El peligro y horror de caer en cualquier manifestación idolátrica o pagana los apartó del uso de las imágenes. Además, centrando el cristianismo a la región del Asia Menor ("...impregnado de ideas iconoclastas...", E. J. Martin) y teniendo en cuenta el foco que era de querellas y controversias religiosas, la representación iconográfica podría servir de punto de apoyo a un Nestorio que exaltaba lo humano de Jesucristo o, en un intento de síntesis humano-divina, de Eutiques. Desde el punto de vista proselitista, tampoco convenía desarrollar el culto a las imágenes frente a un conjunto de judíos, paulicianos y maniqueos, a quienes combatir e intentar convertir. Incluso, política y religiosamente, la relación con los musulmanes pudo tener una marcada influencia: lo mismo que su concepción religiosa del *djihad* pudo influir en la concepción militante del cristianismo, así también pudieron infiltrarse ideas que atribuyesen las rápidas victorias de los musulmanes a la ausencia de imágenes en su religión. Esta compleja visión bien pudo influir en algunas mentes del tiempo, para abstenerse del uso de imágenes. Al fin y al cabo, sólo desde el siglo V empezaron a verse representaciones iconográficas de Jesucristo.



A partir de entonces es necesario valorar precisamente el papel representado por los monjes en Oriente y por el centro de atracción que representaban sus monasterios a muy diversos niveles. En Oriente, aunque los monjes no llegaron a suponer el importante papel de los monjes occidentales como vehículos de cultura clásica, ya que allí no hubo ruptura en el proceso de su tradición, sin embargo tenían enorme influencia sobre el pueblo. Surgidos del favor imperial, exentos de impuestos en sus grandes propiedades, eran además foco de peregrinación para la fe popular, a veces rayana en la superstición, que acudía a venerar alguna imagen o reliquia famosa por sus milagros.

En el difícil momento en que subió al poder, León III, impuesto por las tropas como emperador, lo que más necesitaba era reforzar el ejército tras el período de anarquía militar en el que los árabes asediaron el Imperio y arrebataron nuevas provincias al Asia Menor. Pero mantener un ejército y unos mercenarios dispuestos a defender los intereses del Imperio era algo nada fácil y muy costoso después de los esfuerzos habidos en siglos anteriores. Además, consciente de la preponderancia moral que suponían los monjes en el pueblo, necesitaba apoyo político para hacer más efectiva su fuerza militar. Y ambas cosas las encontró en uno de los grupos religiosos más poderosos en su país de origen: los iconoclastas.

Naturalmente, la mejor manera de desconectar al pueblo del influjo de los monjes y evitar un peligro que podía impedir sus realizaciones políticas era eliminar para el monacato su más poderoso y efectivo medio de propaganda. Además, de esta manera León III se oponía igualmente contra las estructuras eclesiásticas, que con su inmunidad tributaria y la detracción de contingentes humanos para el ejército y demás aparato estatal, dada la atracción que suponía la vida monástica, constituían el mayor impedimento para la instauración de un poder militarista totalmente centralizado para hacer frente a los musulmanes.

Los iconoclastas triunfaron. La ruptura con Roma y Occidente —el cual se iba a unificar bajo Carlomagno— se hizo inevitable. Para muchos, por otro lado, con el triunfo iconoclasta la religión se purificaba de tendencias politeístas e idolátricas. Su victoria suponía un golpe contra la Iglesia y el clero institucionalizado. Desde antiguo no habían faltado corrientes que acusaban a la Iglesia "romanizada" de adoptar un culto ritualizado y una institucionalización de influencia "pagana", que no se ajustaba a los ideales primitivos evangélicos. Así la lucha contra las imágenes supuso un símbolo de unión de las diversas tendencias heterodoxas según la ortodo-

xia romano-bizantina. Círculos reformistas, de tono distinguido e ilustrado, defendieron la causa de León III. Y, aunque parezca paradójico, rompió con Roma, pero venció al Islam, retrasando sus impulsos conquistadores, que permitieron a Oriente y Occidente aprestarse para poder enfrentarse a él.

La cuestión religiosa quedó envuelta en una perspectiva política de mayor envergadura y trascendencia histórica. No en vano algunos historiadores destacan a León III, dedicándole sublimes elogios. Junto a su intervención, eficaz políticamente, definitiva para la cultura europea, resulta sorprendente la actitud interesada de una Iglesia bizantina, de una Iglesia romana, que, para colmo, se habían de separar cismáticamente, cuando a unos y otros les interesaba defender su fe contra el Islam. Pero, como repetidas veces ocurrirá posteriormente, la embriaguez de ansias universalistas impidió ver la realidad de los concretos hechos políticos, cuyo lenguaje no puede dejar de oírse e imponerse en la única verdad de la Historia.

Para concluir y como ejemplo del equilibrio frente a los conflictos políticos religiosos, pueden leerse las formulaciones del concilio de Nicea (787), en defensa de las imágenes:

"Por tanto, siguiendo la senda real y las tradiciones inspiradas por Dios a la Iglesia católica..., definimos con toda certidumbre y cuidado que, como la imagen de la preciosa y vivificante Cruz, también las imágenes venerables y sagradas, tanto representadas por medio de la pintura como en mosaico y otros materiales, deben estar expuestas en las santas iglesias de Dios, en los cálices sagrados, en las vestimentas, en los tapices y en las pinturas, tanto en las casas como en las calles, o sea, la imagen de Nuestro Dios y Salvador, Jesucristo, de nuestra Inmaculada Virgen, la Theotokos, de los honorables ángeles, de todos los santos y de toda la gente piadosa. Porque cuanto más a menudo la gente las ve representadas artísticamente, tanto más fácilmente los hombres se elevan a la memoria de sus prototipos y los anhelan más; y todas ellas deberán ser objeto de un saludo y honorable reverencia, no, claro está, del culto verdadero de fe que sólo la Divina Naturaleza puede recibir; a éstas... sólo se pueden ofrecer incienso y velas, porque el honor que se rinde a la imagen se transmite a quien representa la imagen, y el que reverencia la imagen, reverencia en ella al sujeto representado".

el papa continuaron mirando con recelo a la Iglesia de Constantinopla; ésta tenía problemas, querellas y disputas que no podían causar sino perjuicios al resto de la cristiandad; pretendía, además, ser *autocéfala*, y, por fin, en el punto concreto de la procedencia del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, tenía su fórmula teológica, distinta de la de los latinos. Por espacio de casi dos siglos la Iglesia de Constantinopla se mantuvo oficialmente dentro de la legalidad y procuró conservarse fiel a la Iglesia romana. Legados y embajadas trataron de cambiar la situación, convirtiendo las relaciones, de puramente oficiales, en cordiales de verdad. Por fin, el 15 de julio de 1054 la ruptura se hizo completa: los legados del papa depositaron una bula de excomunión sobre el altar mayor de Santa Sofía y abandonaron Constantinopla. Desde aquel día, la Iglesia griega ha vivido aparte de la latina, y las iglesias de Sicilia y de la Italia meridional, que antes dependían de Constantinopla, se hicieron sufragáneas de la romana.

Pero lo que Constantinopla perdió en Occidente, lo ganó de sobra, en su expansión por el Norte, con la conversión de los eslavos. Éstos eran los descendientes de los antiguos sármatas, que iban abandonando su vida nómada, estableciéndose en ciudades y formando naciones. Los llamados eslavones, o eslavos del Sur, habíanse instalado en las tierras a lo largo del Adriático que habían sido las antiguas provincias romanas de la



Proclamación de León V el Armenio como emperador (miniatura del manuscrito de Juan Skilitzes; Biblioteca Nacional, Madrid). El sucesor del emperador Miguel I tuvo que hacer frente a potentes ataques de los búlgaros.

Cofrecillo bizantino de marfil del siglo X o principios del XI (Museo Nacional, Florencia). Este tipo de cofrecillos es notable por las representaciones paganas que lo decoran.

Panonia y la Iliria. Su núcleo principal eran los búlgaros, tenaces guerreros que algunas veces llegaron a hostilizar los suburbios de Bizancio. Estos eslavos del Sur fueron convertidos, a últimos del siglo IX, por los dos santos hermanos Cirilo y Metodio. Aunque de familia griega, habían nacido en Salónica, donde había muchos eslavones, y pudieron aprender desde la cuna el lenguaje de las gentes que más tarde convirtieron al cristianismo. De otro modo, casi no se explicaría su genial capacidad para interpretar los sonidos extraños de las lenguas eslavas, que exigieron hasta la invención de algunas letras nuevas. Cirilo y Metodio se educaron en Constantinopla, se hicieron monjes en Asia Menor y fueron hasta Bagdad, para discutir con los sufíes el misterio de la Trinidad. Después visitaron el sur de Rusia, donde descubrieron los restos de San Clemente y los llevaron a Roma.

Allí el papa les animó, aprobando y

IMPERIO BIZANTINO

LA ÉPOCA DE LOS COMNENO (1081-1185) Y DE LOS ANGELO (1185-1204)

Imperio Romano de Oriente (o Bizantino) a la llegada de los Comneno (1081)
Reconquistas de Alejo I Comneno desde 1081 a 1097
Reconquistas de Alejo I Comneno desde 1097
Reconquistas de Juan II (1118-43) y de Manuel I Comneno (1143-80)
Imperio Bizantino a la desaparición de los Comneno (1185)
Imperio Bizantino a la caída de los Angelo (1204)
Itinerarios de la Primera Cruzada (1096-1097)

bendiciendo las traducciones que habían empezado a hacer en lengua eslava de los Evangelios y las epístolas de San Pablo; más tarde tradujeron también los Salmos y el Libro de los Macabeos. El dialecto por ellos usado fue el de los eslavos de Macedonia y Bulgaria, llamado esloveno, que ha quedado como el lenguaje sagrado de toda la Rusia. El uso de la lengua eslava en la liturgia ocasionó muchas preocupaciones a estos grandes apóstoles, y más tarde fue una de las causas de la separación de las iglesias eslavas de la Iglesia de Roma, pues aunque Cirilo y Metodio partieron para su misión final enviados por el papa, en realidad eran monjes bizantinos y, al traducir las fórmulas de la liturgia, casi inconscientemente caerían en las singularidades de la Iglesia griega. Esto fue hábilmente explotado, y pese a la aprobación del papa sobre el uso litúrgico del eslavo, Metodio, que sobrevivió a su hermano, experimentó por este hecho grandes dificultades. El resultado es que hoy sólo algunos eslavos de Bohemia y Croacia son católicos; todos los demás han seguido los destinos, nada envidiables, de la Iglesia griega de Constantinopla.

Mientras tanto, los eslavos del sur de Rusia y de Ucrania iban también estableciéndose en ciudades. Les estimulaba a organizarse la presencia de colonias de varegos, o escandinavos, a lo largo de la ruta de las caravanas que regularmente iban del Báltico al mar Negro y hasta a Constantinopla. Los varegos, al principio, iban en compañías armadas,

Iglesia de San Juan Bautista del monasterio de Studion, en Constantinopla. Teodoro, abad de este monasterio, opuso una tenaz resistencia a la política iconoclasta de León V.



El emperador Miguel II y el patriarca Nicéforo (miniatura de la crónica de Skilitzes; Biblioteca Nacional, Madrid). Su actuación en la querella iconoclasta parece haber sido más de contemporización, de eclecticismo entre ambos bandos, aunque acaso íntimamente fuese contrario al culto de las imágenes.

para protegerse de los ataques de los nómadas de la estepa; eran, en realidad, grupos de guerreros *vikingos,* que buscaban la doble ganancia del pillaje y del comercio. Llevaban a Constantinopla pieles y ámbar, y además esclavos que habían hecho por el camino; regresaban con tejidos, joyas y monedas. Poco a poco los varegos establecieron a lo largo de la ruta sus colonias. Así parece que se formaron los primeros centros de población del sur de Rusia; lo positivo es que encontramos ya las dos grandes ciudades de Novgorod y Kiev, a mediados del siglo IX, con príncipes que envían embajadas y cobran sus tributos.

El primer príncipe ruso que mencionan las historias es el famoso Oleg, de Kiev, que se atrevió ya a emprender una expedición militar contra Constantinopla; ésta acabó con

Escenas de la vida campestre que decoran un manuscrito de las "Homilías" de San Gregorio Nacianceno (Biblioteca Nacional, París).



Pena de flagelación impuesta a un religioso en el reinado de Miguel II (miniatura de la crónica de Skilitzes; Biblioteca Nacional, Madrid). Una prueba de la posición de Miguel II sobre el problema de los iconos fue que, cuando un enviado del papa le entregó una misiva en que éste le pedía que restableciera el culto de las imágenes, el emperador ordenó flagelar al emisario y que después fuera encerrado en una cueva.

un tratado por el que los bizantinos se comprometieron a pagar un tributo o pensión a Oleg para que permaneciese tranquilo. Empero, los plenipotenciarios que firman el documento, el año 911, en nombre de Oleg, son varegos o, por lo menos, llevan todavía nombres escandinavos.

En realidad, la historia rusa empieza con Igor, sucesor de Oleg en Kiev, quien pronto reanudó los ataques a los bizantinos. El año 914, aprovechándose de que la flota de Bizancio estaba empleada contra los sarracenos, Igor y sus eslavos desembarcaron en Bitinia, del Asia Menor, y llegaron hasta el Bósforo. A la muerte de Igor, gobernó por algún tiempo los estados del príncipe de Kiev su viuda Olga, que era ya cristiana. Debió de ser bautizada por un misionero cuyo nombre nadie nos ha conservado, pero consta que hizo un viaje a Constantinopla en el año 957. El hijo de Olga e Igor tenía carácter aventurero, era animoso, y pensaba lle-



El emperador Teófilo (miniatura de la crónica de Skilitzes; Biblioteca Nacional, Madrid). El sucesor de Miguel II fue el último iconoclasta. A su muerte, gobernó su esposa Teodora, que restauró definitivamente el culto de las imágenes.

LA CUARTA CRUZADA: CRISTIANOS CONTRA CRISTIANOS

Uno de los resultados de las tres primeras cruzadas, en su complejo proceso y desarrollo, fue la clarificación de las actitudes e intereses más diversos de quienes habían decidido colaborar en dicha empresa. Aquellos primeros fanatismos religiosos, aquellas primeras movilizaciones multitudinarias creadas por la fe, muy pronto se vieron modificadas o alteradas por nuevas orientaciones que imponía el desarrollo de los hechos. La realidad de una Europa en expansión no podía dejar de ser notoria. Es cierto que, ineludiblemente, la fe religiosa, las creencias del pueblo tampoco estaban ausentes, pues esa Europa se había levantado sobre un imperio desaparecido en realidad, pero añorado en espíritu, a hombros del papado, siendo además el peligro supuesto por otra religión lo que exigió aunar las más diversas fuerzas e intereses. Pero indudablemente también el peligro musulmán era un peligro no más religioso que económico y político.

De esta manera puede comprobarse como en el transcurso de cada cruzada se hacía más importante el papel representado por los elementos comerciales genoveses, pisanos o venecianos. Lo mismo que militarmente los francos, sobre todo con la tercera cruzada, se llegaron a imponer de manera decisiva. Aunque respecto de la sede de Jerusalén hubieron de dejarla para Saladino, según la paz de compromiso que hubieron de adoptar, los francos tuvieron la costa palestina, incluido el puerto de Jerusalén, Jaffa y, además, la posibilidad de ir en peregrinación a visitar el Santo Sepulcro. He aquí cómo los diversos intereses encontraban fórmulas para su recíproca tolerancia. Una muestra más de cómo las pretensiones religiosas se iban adaptando a la realidad de los hechos económico-militares.

Durante la tercera cruzada fue difícil la situación de la corona real de Jerusalén. En la disputa por ella entre el ex rey Guido de Lusignan, apoyado por Ricardo Corazón de León, y Conrado de Monferrato, señor de Tiro, que contaba con el apoyo de Felipe Augusto, salió ganando este último, ya que los barones palestinos no perdonaban a Guido de Lusignan el desastre de Hattin y, además, estaba casado con la última heredera de la dinastía de Jerusalén. Muerto por asesinato, le sucedió Enrique II de Champagne, cruzado francés puesto también por los barones palestinos. A su muerte, los barones decidieron dar la corona al rey de Chipre, Amaury de Lusignan, hermano del despreciado Guido de Lusignan y verdadero fundador del estado insular de Chipre. De esta manera se unieron las dos coronas, dedicándose más a la búsqueda de una tregua o alianza con los musulmanes, en concreto con Malik al- Adil, hermano y principal sucesor de Saladino.

Pero en Occidente no se abandonaba la idea de reconquistar totalmente Jerusalén. Nueva señal de cómo cada vez se veían más diferentemente las cosas desde Occidente que desde el diario esfuerzo e interés de los cruzados establecidos en la Siria franca.

De nuevo los hechos y circunstancias de carácter no precisamente religioso vinieron a imponerse sobre las primeras intenciones del papado, hasta el punto de que una cruzada que había de ser guerra santa de carácter totalmente antimusulmán vino a convertirse en un ataque dirigido contra un estado cristiano, el Imperio bizantino. Esta cuarta expedición de cruzados no debería llamarse "cruzada", pues, en todo caso, se unen elementos contradictorios al tratarse de una "cruzada contra cristianos". Pues, ciertamente, los bizantinos eran cismáticos, pero cristianos. Y aunque este conflicto no haya de ser valorado con presupuestos de tipo ecuménico moderno, resulta inexplicable que los cristianos de Europa, que como tales iniciaban una expedición a Tierra Santa, acometiesen a los bizantinos cismáticos, cuando su jefe espiritual, Inocencio III, los había movilizado para ir contra los musulmanes, "infieles" para el católico-romano.

En realidad, este cambio de orientación operado en la cuarta cruzada no resulta tan extraño si, a diferencia de la visión determinada que se tenía de Bizancio en Europa —no siempre coincidente entre los diversos magnates europeos—, se tiene en cuenta que los francos ya desde su primera llegada a Asia sintieron la competencia con los bizantinos, y su recíproca animosidad creció de cruzada en cruzada. Animosidad que los cruzados pudieron ir revistiendo de sentido religioso contra los bizantinos cismáticos..., pero que, tal vez, en la realidad no distaría mucho de los particularistas intereses venecianos. Al fin y al cabo, no era extraña en Europa la idea de conquistar Bizancio. De hecho, desde el principio de las cruzadas se pudieron observar signos de esa voluntad conquistadora. Los soldados de Godofredo de Bouillon, realizando serias escaramuzas ante los muros de Constantinopla (1097); Bohemundo I, asediando Durazzo, el principal puerto griego del Adriático, porque como príncipe de Antioquía encontró oposición de parte de los bizantinos (1107); reyes de Sicilia como el normando Roger II o Guillermo II, enviando tropas al pillaje, etc., pueden ser ejemplos de viejos deseos conquistadores sobre Constantinopla. Finalmente, caben ser destacados los emperadores Conrado III y Federico Barbarroja, quienes no abandonaban la idea de asaltar Constantinopla. Y en Enrique IV, sucesor de Federico Barbarroja y, además, de los reyes normandos de Sicilia, sucedido por su hermano Felipe de Suabia, pueden encontrarse los inspiradores de la nueva orientación dada a la cuarta cruzada. Así, respaldada en una cruzada, la tradicional tentación de Occidente por imponerse sobre Bizancio vino a hacerse realidad.

Y apareció en la escena histórica el Imperio latino de Constantinopla. Mientras Europa iba consolidando su evolución propia y diferenciada del duradero Imperio bizantino, los europeos se hicieron dueños de ese permanente reducto de cultura grecorromana que era el Imperio bizantino, pese a los esfuerzos en sentido contrario realizados por Inocencio III. Esto, que puede significar una excusa para el papado y una justificación para el sentido general de las cruzadas, al resaltar el sentido netamente religioso de rescatar Jerusalén y el Santo Sepulcro, en manos de infieles musulmanes, puede representar también que a Inocencio III y sus aspiraciones teocráticas, en cuanto representante de la institución del papado, se le iba imponiendo más la realidad política de una Europa que se iba configurando según esquemas totalmente nuevos, no precisamente fundados en la tradición política que hasta entonces representaba el papado: como antes había ocurrido con Gregorio VII y luego ocurriría con Bonifacio VIII. Tres papas exponentes típicos de las aspiraciones teocráticas y universalistas del papado, quienes, aunque no perdieron, al menos en apariencia, su elevado prestigio y poderío moral, sin duda, debido a la ausencia de fuertes unidades nacionales, tampoco pudieron ver sucumbir el poder secular en sus aspiraciones por obra y gracia del Imperio. Con más seguridad los reinos nacionales serían los que empezarían a prescindir del papado, al tiempo que sabían utilizar el papel político de la Iglesia.

El Imperio latino de Constantinopla no representaba, sin embargo, esas particulares voluntades imperialistas, aunque representó realmente una conquista, pero realizada en un contexto político-religioso y en una compleja situación internacional, que harían de lo más efímera su existencia imperial. Sin embargo, resistió lo suficiente como para testimoniar que las instituciones políticas existentes eran débiles, que los ideales imperiales de un papado, de una Italia impotente o de Alemania eran irrealizables y que, por el contrario, el imperialismo económico de las repúblicas marítimas, los venecianos en ese momento, se impondría con una eficacia y consistencia mayores.

En su resplandor pasajero, el Imperio latino de Constantinopla lo debe todo a Enrique de Hainaut, el único personaje verdaderamente superior que poseyó el Imperio. Hasta entonces los latinos habían tratado de asegurar sus dominios, bajo el gobierno del conde de Flandes Balduino IX, emperador Balduino I, participando de una situación favorable, sobre todo tras batir a Teodoro Lascaris en Poimanenon

y después en Adramyti (1205), pero la situación se les convirtió en desfavorable al enfrentarse al zar búlgaro Johannitza, quien había soñado relacionarse con el mundo latino (es notorio que se hiciera coronar por un legado del papa Inocencio III, en 1204). Sin embargo, las relaciones con Balduino I no fueron conciliadoras, y los búlgaros infligieron a los francos una completa derrota en Adrianópolis. Balduino I murió en el cautiverio.

Mientras reinó Enrique de Hainaut, el Imperio latino logró un cierto equilibrio, incluso atraerse a los eclesiásticos griegos que se oponían a la jerarquía eclesiástica romana. Pero, a partir de su muerte (1216), la declinación del Imperio fue rápida. Pedro de Courtenay, Roberto de Courtenay, Balduino II, no pudieron enfrentar la fuerte coalición de los griegos de Nicea con los búlgaros. Así cayó el Imperio latino. Los griegos reconquistaron Constantinopla. Primera reconquista, a la que seguirán poco a poco todas las demás colonias europeas a manos de musulmanes, griegos y turcos. "Nunca una colonización fue tan completamente barrida."

La carencia de efectivos personales, la "oligantropía" existente desde la primera cruzada, la falta de una superioridad cultural, la ausencia de algo viable como sustitución de la secular unidad bizantina, condenó desde el principio los afanes imperialistas de los europeos. Sin embargo, algo se consiguió por encima de los intereses y esfuerzos particulares, más o menos animados religiosamente. La fe escasamente logró una precaria y provisional conquista del Santo Sepulcro, la expansión europea se vio privada de algunos millones de hombres en su ya escasa población (apenas cincuenta millones de habitantes), pero, al menos, se fijó el espacio occidental en sus márgenes meridionales, las más importantes fronteras de Europa hasta los grandes descubrimientos marítimos de los siglos XV y XVI, y Europa poseyó definitivamente el Mediterráneo, su gran fuente de riquezas.

Lo peor, por el contrario, fue lo mal aprendida que resultó la lección por el espíritu europeo, que no perdió la idea de cruzada. Los siglos XV y XVI, los "solitarios de la cruzada" del siglo XVII, el XIX y el XX... presentan todavía ejemplos vivísimos de aquella mística obsesiva, que se sirve de una religión en su mal entendido e interpretado proceso humano e histórico, cuando, sin embargo, ella nació con las máximas garantías de historicidad en la persona viviente de un Dios hecho hombre, totalmente abierto a los horizontes escatológicos de la humanidad, despreciando los intereses mezquinos y particularistas de obstinados espíritus que no saben seguir el irreversible progreso de la historia humana.

J. M.ª P.

var su capital más al Sur, lo que hubiera sido un desastre para el futuro estado ruso. Se dice que, por temor de las burlas de sus compañeros, los varegos de la escolta real, se mantuvo pagano. En cambio, su hijo, nieto de Olga e Igor, es el santo Vladimiro, que, al convertirse, hizo bautizar a la fuerza a todos sus súbditos. Al principio, era Vladimiro rabioso pagano; también su superstición era la de los varegos, o escandinavos, que componían su guardia. Levantó varios ídolos en las colinas que rodean a Kiev, vivía con cinco esposas y centenares de concubinas. Pero el año 988, el gran emperador de Constantinopla, Basilio II, encontrándose en gran aprieto, pidió a Vladimiro que le ayudara con seis mil guerreros para dominar una insurrección. Vladimiro consintió en enviarle este ejército si Basilio le prometía a su vez concederle a su hermana, la princesa Ana, por esposa. Basilio accedió a esta demanda sólo con la condición de que Vladimiro debía abjurar sus errores y prometer bautizarse. Este pacto fue cumplido, no sin cierta repugnancia de Basilio, que consideraba aquel matrimonio de su hermana más como un sacrificio religioso que como una maniobra política.

Ana desembarcó en la península de Crimea, antigua colonia griega, entonces provincia bizantina, que su hermano le había señalado como dote. Ana llevaba, además, un séquito de obispos misioneros y damas de compañía, que casaron con otros príncipes eslavos, obligándoles a refinar sus costumbres. La Iglesia latina hizo algún esfuerzo para que la recién formada Iglesia eslava reconociera la autoridad del papa, pero los magnates rusos nunca quisieron olvidar que debían su transformación social y religiosa a la Iglesia de Bizancio.

En tiempo de Basilio II empieza también la prosperidad de Venecia. Protegida por sus lagunas, en las islas de arena accesibles sólo por canales había crecido una población casi del todo dedicada al comercio marítimo. Basilio mantuvo siempre buenas relaciones con

León VI el Filósofo, coronado por la Virgen, en un marfil del siglo IX (Museos del Estado, Berlín).





El emperador León VI dicta órdenes contra Focio y Santabarenos (miniatura de la crónica de Skilitzes; Biblioteca Nacional, Madrid). El nuevo emperador sufrió un atentado, perpetrado por Teodoro Santabarenos, personaje muy amigo de Focio, por lo cual éste fue desposeído de la silla patriarcal de Constantinopla y exiliado a Armenia, donde moriría. La lucha entre el papado y Focio venía desarrollándose desde el reinado de Miguel III. Aunque León VI le depuso una vez más, las diferencias entre la Iglesia occidental y la oriental no harían más que aumentar.

la familia del dux Urseolo y concedió grandes privilegios a los venecianos que iban a comprar y vender a Constantinopla. Los venecianos pagaban no por la calidad y cantidad de la mercancía, sino una tarifa igual de quince sueldos por cada buque, grande o pequeño, que llegaba a un puerto griego; esto les estimulaba a construir barcos de gran tonelaje, y por ello la marina veneciana fue pronto la más importante del Mediterráneo.

En esa época, a fines del primer milenio, el Imperio bizantino había llegado también a un razonable concierto con los árabes. El hijo de Basilio II consintió que se pudieran recitar plegarias por el sultán de Egipto en la mezquita de Constantinopla y que ésta tuviera un almuecín, a cambio de que el emperador bizantino pudiese restaurar el templo del Santo Sepulcro, de Jerusalén.

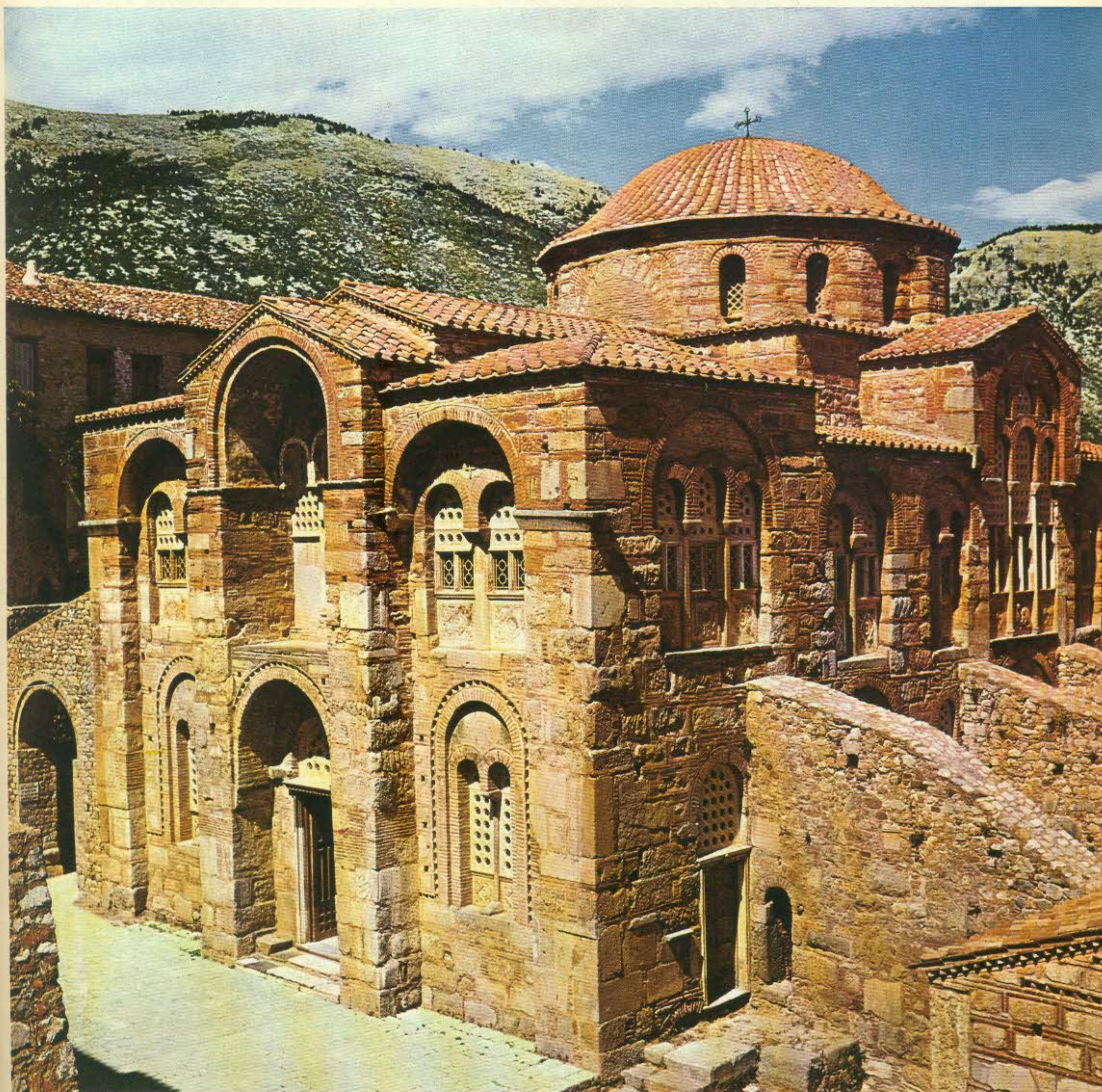
Cuando los cruzados llegaron a Constantinopla, el Imperio bizantino se encontraba, pues, rodeado de aliados que le respetaban y de enemigos que le temían. Ya hemos explicado cómo, consciente de su fuerza y de sus derechos, el emperador Alejo pudo obtener de los jefes de la expedición que le prestaran homenaje. Iban a establecer señoríos en las tierras que conquistarían de los sarracenos; estaba, pues, dentro de la mentalidad de la época que tenía que haber un emperador, de quien todos serían feudatarios; éste no podía ser el emperador germánico, porque Siria y Palestina habían estado siempre



sujetas a la administración oriental; no podía ser el papa, por más que lo había deseado; el único que podía recibir el homenaje imperial era, pues, el Augusto de Constantinopla. Y, en efecto, uno tras otro, los cruzados lo reconocieron como superior jerárquico, a pesar de haber sido excomulgado por Roma. Claro que esta dependencia fue sólo pura fórmula y a cambio de auxilios que les prometió el emperador, jefe de los cismáticos.

Durante casi un siglo pasaron por Constantinopla las grandes bandadas de guerreros y aventureros de la primera, segunda y tercera cruzadas, sin hacer al Imperio bizantino ni grave daño ni gran beneficio. Pero la actuación de la cuarta cruzada ya fue diferente; los "latinos" asaltaron Constantinopla, la saqueron e instalaron en ella como emperador a uno de los suyos. Aunque la iniciativa partiera del papa, la cuarta cruzada fue empresa de unos cuantos nobles franceses que se habían reunido en un castillo con motivo de un torneo (1199), a los cuales se unie-

El monasterio de Hosios Lukas, construido a mediados del siglo XI. La vida monástica en el Imperio bizantino tuvo un esplendor extraordinario y hasta los emperadores (como, por ejemplo, Nicéforo Focas) hubieron de dictar normas para que no aumentaran las posesiones de los monasterios.



LA DESAPARICION DEL IMPERIO BIZANTINO

1057	Isaac Comneno funda la dinastía de los Comnenos.
1071	Romano Diógenes no logra detener el avance de los turcos seldjúcidas en Asia Menor.
1096	Alejo Comneno pacta con los cruzados: los territorios que se conquisten pasarán a depender de Bizancio.
1118-1143	Juan II consolida el dominio bizantino en los Balcanes frente a los pechenegos.
1176	Fracasa la alianza con los latinos para luchar contra los seldjúcidas.
1183-1185	Una sublevación antioccidental lleva al poder a Andrónico.
1203-1204	Saqueo de Constantinopla por los cruzados y división del Imperio en varios principados latinos.
1261	Miguel Paleólogo, emperador del estado griego de Nicea, conquista Constantinopla, capital histórica de Bizancio, y ostenta el título de emperador de Bizancio.
1274	Unión con la Iglesia romana, condición previa para una alianza militar con los principados latinos contra los seldjúcidas.
1329	Los otomanos conquistan Nicea.
1362	Andrinópolis es conquistada por los otomanos, tribu seldjúcida; empieza la conquista de los Balcanes.
1401	Constantinopla es sitiada por los otomanos.
1402	Apertura de una crisis en el estado otomano a consecuencia de las derrotas en Asia Menor ante Tamerlán.
1434-1444	Formación de una cruzada occidental en ayuda de Bizancio.
1453	Caída de Constantinopla.



ron otros italianos y alemanes del bando gibelino. Decidida la cruzada, seis delegados de los principales jefes pasaron a Venecia para contratar los transportes. Entre ellos iba el mariscal de la Champagne, Godofredo de Villehardouin, quien escribió un relato de la expedición, en que se consignan las palabras de los jefes en los consejos y se describen las terribles acciones en que tomó parte. El que dirigió las negociaciones por parte de los venecianos era un dux octogenario y ciego, Enrique Dandolo, que ha pasado a la historia como ejemplo singular de audacia y energía.

El negocio entre los futuros cruzados y Venecia fue concertado en estos términos: los cruzados habrían de pagar a la república 85.000 marcos de plata, y los venecianos debían tener una flota preparada el día de San Juan del año 1201 para transportar a Oriente 4.500 caballos y 9.000 hombres de a pie. El mantenimiento de todos durante el viaje corría de cuenta de los venecianos, quienes debían contribuir también a la expedición con una armada de 50 galeras de combate para proteger el convoy.

Los venecianos cumplieron el contrato:

Coronación de Romano II y su esposa Eudoxia (Biblioteca Nacional, París). Durante el corto reinado de este emperador, un enérgico y capaz general, Nicéforo Focas, que sería además su sucesor, ocupó la isla de Creta (con lo que eliminó un peligroso núcleo de piratas musulmanes) y se apoderó temporalmente de Alepo.



Cáliz bizantino del siglo X, con extraordinarios esmaltes, guardado en el tesoro de la basílica de San Marcos de Venecia.

buques y provisiones estaban dispuestos en la fecha señalada, y había establos para los caballos y albergues para el ejército mientras tuvieran que esperar en las islas de las lagunas. En cambio, los cruzados sólo pudieron reunir 50.000 marcos, pero Dandolo halló la solución, ofreciéndose a emprender el viaje si los cruzados le ayudaban a reconquistar, por el camino, la ciudad de Zara (Dalmacia), que, perteneciendo a los venecianos, había sido ocupada por los húngaros.

Después de muchas negociaciones, los cruzados no tuvieron más remedio que aceptar la propuesta de Dandolo; partieron de Venecia el 10 de noviembre, y dos días después Zara era tomada y destruida por los venecianos. El papa, que trataba de atraerse a los recién convertidos húngaros, no pudo menos de protestar al ver que las energías de los cruzados se empleaban en destruir una ciudad cristiana. Pero los cruzados tenían otras preocupaciones más graves que la de contentar al papa: el problema era si debían ir directamente a Palestina o atacar primero a Egipto. Por fin determinaron no hacer ni una cosa ni otra: porque, después de la toma de Zara, habían recibido un mensaje que les decidió a marchar sobre Constantinopla, para intervenir en las luchas entre la familia imperial de los Angelos. El pretendiente destronado ofrecía pagar a los venecianos la suma de 35.000 marcos que aún les debían los cruzados si, a cambio de ello, le ayudaban a recuperar la corona. Además prometía que, después de ser restaurado, contribuiría con un ejército de 10.000 hombres a la prosecución de la cruzada, mantendría 500 caballeros constantemente para la defensa del Santo Sepulcro y restablecería la autoridad del papa sobre la Iglesia bizantina.

Con estas ofertas y lo deseosos que estaban los venecianos de aumentar su influencia en Oriente, los cruzados partieron de Corfú con rumbo a Constantinopla. Llevaban consigo a su aliado, y llegaron a la vista de la gran ciudad en junio de 1203. He aquí la impresión que produjo a los latinos: "¡Cómo miraban a Constantinopla aquellos que

Vista general del monasterio de la Gran Laura, en el monte Athos, cuya iglesia se construyó a principios del siglo XI. Durante los reinados de Nicéforo Focas y Juan Tzimiscés, el monte Athos conoció una época de esplendor. Hacia el año 1000 parece que los distintos monasterios de este monte albergaban a más de tres mil monjes.



Exterior de la iglesia de Santa Sofía de Kiev, la primera iglesia que edificaron los rusos (1037) después del matrimonio de su rey Vladimiro con la princesa Ana, hermana del emperador Basilio II, y su conversión al cristianismo. El ruso ayudaría con sus soldados a que el bizantino se liberara de sus inmediatos enemigos.



Cristo coronando a un príncipe ruso y a su esposa (miniatura del "Psalterium Egberti"; Museo de Cividale del Friul).

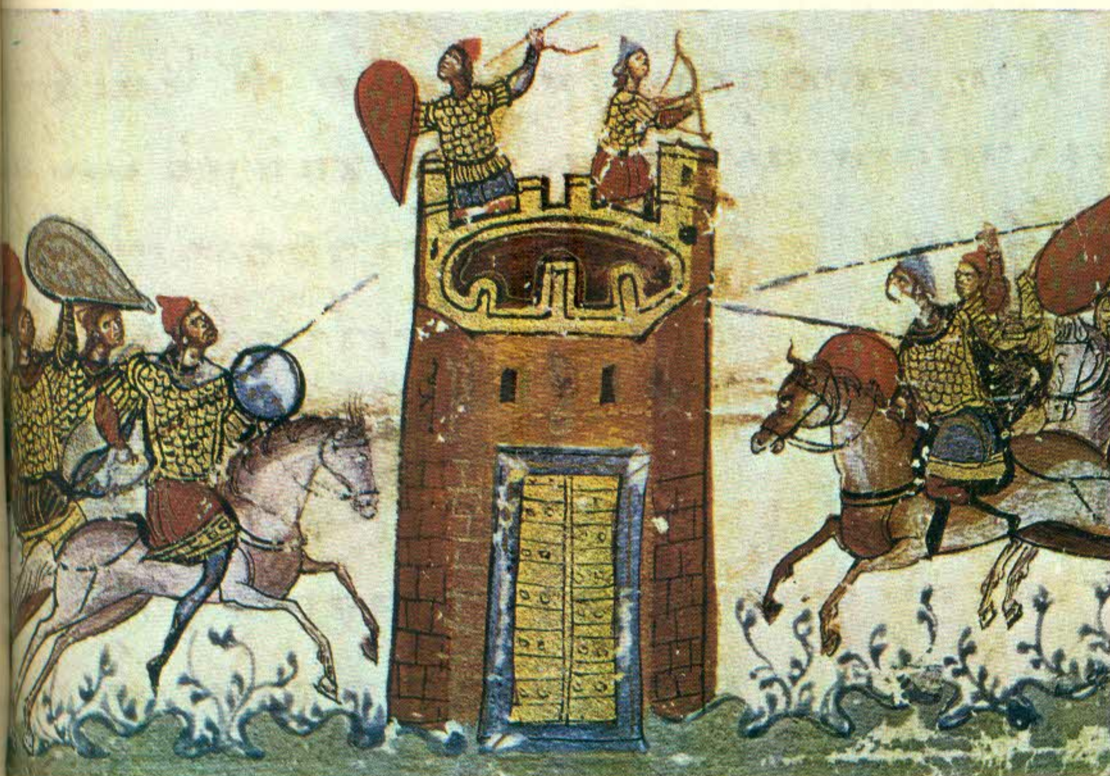
nunca la habían visto! Nunca soñaron que hubiese una ciudad semejante en el mundo, tan rica, con tan altas torres y murallas, tantos palacios y grandes iglesias...". Los cruzados forzaron las cadenas que defendían el puerto y entraron en el Cuerno de Oro el 17 de julio. El primero en escalar la muralla fue el ciego y octogenario Dandolo. En agosto, su protegido era coronado en la iglesia de Santa Sofía, en presencia de los principales jefes de los cruzados. Pero pronto empezaron las querellas entre bizantinos y latinos; el nuevo emperador experimentaba dificultades para cumplir sus compromisos, y los cruzados, esperando el dinero y los soldados prometidos, permanecían en Constantinopla, haciéndose cada día más molestos.

Los venecianos no hacían nada para restablecer la cordialidad; después de varios motines y levantamientos de los griegos, que miraban con malos ojos aquella promiscuidad del nuevo emperador con los latinos, se vio claro que la única solución era establecer un Imperio latino en Oriente. Venecianos y franceses convinieron de antemano cómo se repartirían el botín de Constantinopla; hecho esto, los jefes de los cruzados se apoderaron del palacio imperial y a sangre fría dieron autorización a la soldadesca para que empezara el pillaje. Duró tres días. Escandalizado el papa al tener noticia de lo ocurrido, condenó la "hazaña" en estos términos: "Los de-

Basilio II Bulgaróctonos (matador de búlgaros), en miniatura del "Salterio Imperial" (Biblioteca Marciana, Venecia). El gobierno de Basilio coincidió con uno de los periódicos resurgimientos del Imperio. El emperador consiguió aumentar en cierta medida los territorios de Asia Menor y recogió en parte la autoridad que había tenido en Italia del Sur. En cuanto a sus enemigos del Norte, los búlgaros, habían ocupado amplias zonas de los Balcanes dirigidos por su rey Samuel. Pero cuando, tras una batalla, este rey contempló a 14.000 búlgaros a quienes Basilio II había mandado cegar y mandar a su patria, Samuel murió de la impresión. Sin su rey, los búlgaros fueron sometidos y su territorio transformado en provincia bizantina.



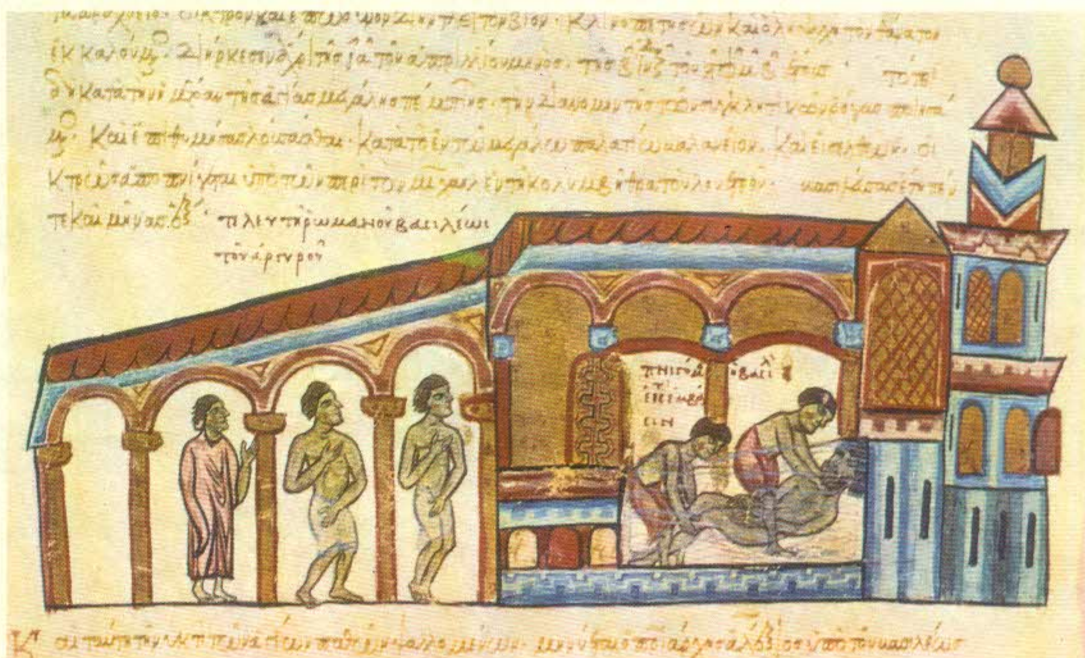
fensores de Cristo han gozado bañándose en sangre cristiana. No han respetado edad ni sexo. Han cometido adulterio, fornicación e incesto a la luz del día. Ni matronas ni vírgenes consagradas al Señor se han librado de su brutalidad. No sólo han robado y despilfarrado los tesoros del Imperio y de los particulares, sino que se han atrevido a poner sus manos sobre los bienes de la Iglesia...". Los cadáveres de los antiguos emperadores bizantinos fueron desenterrados y escarnecidos. Muchas obras de la gran época del arte griego desaparecieron en esta ocasión; el Hércules de Lisipo, la Juno del tem-



Escena de asedio de una ciudad por la caballería (miniatura de un Evangeliario bizantino del siglo XI). En la lucha secular que Bizancio mantuvo en un extremo de Europa, la época de la dinastía macedónica se caracterizó por la heroica defensa contra eslavos, árabes y turcos (Biblioteca Nacional, París).

Matrimonio de Zoé con Romano III, asesinato de este último y posterior boda de Zoé con Miguel IV (miniaturas de la crónica de Skilitzes; Biblioteca Nacional, Madrid). Zoé fue una de las personalidades más curiosas del Imperio bizantino. Hija de Constantino VIII, casó, a la muerte de su padre, con un anciano senador, Romano, al que hizo emperador y a quien quizás hizo matar; volvió a casarse con Miguel de Paflagonia y también lo hizo nombrar emperador. A éste le sucedió Miguel V y, depuesto, volvió el poder a manos de Zoé, que lo compartió con su hermana Teodora, hasta que volvió a contraer matrimonio.









Jesucristo entre Constantino IX Monómaco y su esposa Zoé (mosaico del siglo XI en Santa Sofía, Constantinopla). La emperatriz Zoé casó de nuevo con Constantino, al que elevó al solio imperial y que le sobrevivió. A pesar de sus deseos de entendimiento con Roma, en su reinado se produjo la decisiva separación y excomunión de ambas Iglesias.

plo de Samos y centenares de estatuas clásicas que habían encontrado su refugio en Bizancio fueron destruidas por los cruzados sin consideración a su antigüedad y belleza. Nicetas, un historiador bizantino, dice que los musulmanes hubieran sido más humanos con Bizancio que los caballeros de la Cruz. Todavía hoy los escritores cultos del Islam se complacen en comparar la toma de Jerusalén por el califa Omar, entrando en la ciudad acompañado del patriarca, con el saqueo de Constantinopla dirigido por Dandolo y sus cruzados.

Villehardouin, en su relato de testigo ocular, dice que el botín fue tan grande que nadie lo hubiera podido contar. A pesar de que los venecianos se hicieron con la parte del león, todavía les correspondieron a los latinos cuatrocientos mil marcos de plata. En mayo del año 1204, Balduino, conde de Flandes, fue coronado emperador, con la pompa tradicional de los bizantinos. Después vino el reparto de la tierra: los venecianos se ad-



Nicéforo III Boniates entre el arcángel San Miguel y San Juan Crisóstomo (miniatura de unas "Homilías" de San Juan Crisóstomo; Biblioteca Nacional, París). Este emperador se apoyó en el elemento popular para ocupar el trono (1078-1081) en el turbulento período que siguió a la muerte de Basilio II.



Juan II Comneno, representado en un mosaico de Santa Sofía. Dentro de la dinastía que reconstruyó el Imperio y recibió el alud de los cruzados, Juan II (1118-1183) descuella como valiente soldado que reforzó el poderío de Bizancio.

judicaron el Epiro, el Peloponeso, el archipiélago jónico y Gallípoli. Hasta de Constantinopla, la capital, quisieron tres octavas partes, incluyendo el barrio donde estaba Santa Sofía y poniendo por patriarca a uno de los suyos, llamado Tomás Morosini.

Uno de los jefes de los cruzados, Bonifacio de Montferrato, se quedó con la Tesalia y Macedonia. Enrique de Flandes fue nombrado señor de Adramitum; Hugo de San Pol, señor de Demótica; Luis de Blois, duque de Nicea, *et sic de caeteris*... El territorio real se reducía a una zona de tierra a lo largo de los estrechos y algunas islas importantes, Lesbos, Chíos, Samos y Cos. Al conjunto se le llamó Imperio de Romania y se le dio una organización feudal análoga a la que habían establecido los primeros cruzados un siglo antes en Jerusalén. Los *Assises de Romania,* o código político del nuevo Imperio, es otro modelo de lo que sería la sociedad ideal para los latinos de principios del siglo XIII. El emperador, elegido por los barones, en su dominio real no era más que otro de éstos, y cada uno en sus tierras era dueño absoluto. El emperador no podía hacer más que coordinar la política exterior; para solventar sus diferencias con los barones debía acudir a un alto tribunal de Justicia, compuesto de latinos y venecianos. Los recursos de un monarca como el emperador latino de Romania debían de ser muy precarios y su situación, desde luego, se haría harto difícil, pues los venecianos no pagaban ninguna clase de impuestos.

Las brutalidades cometidas en el saqueo de Constantinopla y la audacia con que se repartieron el Imperio levantaron contra los cruzados el sentimiento patriótico de los griegos, despertándoles la conciencia de la propia nacionalidad. Dos descendientes de la familia real se rebelaron, uno en el Asia Menor y otro en el Epiro, y formaron cada uno un principado, al que podían agregarse los descontentos que habitaban en otras regiones.

Para que el ataque a los latinos tuviera más probabilidades de éxito, el rebelde bizantino del Epiro se alió con el rey de los búlgaros, un bárbaro eslavo que se llamaba a sí mismo *Romanóctonos,* o matador de ro-



Toma de Constantinopla por los miembros de la cuarta cruzada, según representación de un mosaico de la iglesia de San Juan Evangelista de Ravena. Esta cruzada tuvo unos principios eminentemente económicos y políticos, por lo cual su actuación se separó de manera notable del marco en que habían actuado las anteriores.



Entrada de los cruzados en Constantinopla, por Delacroix (Museo del Louvre, París). El golpe asestado por los cruzados al Imperio bizantino con la toma de su capital y la formación del Imperio latino fue tal, que nunca más conseguiría reponerse del todo. En el saqueo desaparecieron muchísimas obras de arte, pero otras, llevadas en especial a Venecia, se salvaron de la destrucción posterior de los turcos.

manos. Quería éste desquitarse de las degollinas de búlgaros que había hecho Basilio II dos siglos antes. Griegos y búlgaros avanzaron hacia Constantinopla, encontrándose con los latinos en el campo de batalla tradicional de Adrianópolis. La lucha fue un desastre completo; el emperador Balduino fue hecho prisionero y tuvo que ser rescatado; el viejo Dandolo, con grandes peligros, dirigió la retirada del ejército hasta Constantinopla. El anciano dux murió de tantas fatigas pocos días después.

Sin embargo, no fue el pretendiente bizantino del Epiro quien recogió la corona del emperador latino de Constantinopla. El que se aprovechó de la descomposición del Imperio de Romania fue el otro pretendiente, que atacaba por el lado del Asia. Se había hecho coronar emperador en Nicea y contaba con la alianza de los genoveses, los eternos enemigos de los venecianos. A cambio de sustituir a los venecianos en la posición privilegiada que tenían en Constantinopla, los genoveses hicieron traición a sus hermanos de Occidente y ayudaron a Miguel Paleólogo a asaltar Constantinopla. El imperio latino había durado poco más de cincuenta años; en julio de 1261, al entrar en la ciudad Miguel Paleólogo por una puerta, el emperador Balduino II salía por la otra, acompañado de su patriarca latino y sus protectores, o protegidos, los venecianos.

De todos modos, el daño que los latinos habían hecho al Imperio era ya irreparable. Aquellos cincuenta años de feudalismo y de guerras incesantes habían destruido la organización secular que tenía sus raíces en la de la vieja Roma. La nueva dinastía inaugurada por Miguel Paleólogo no pudo hacer más que contemplar, en la mayor impotencia, cómo cualquier aventurero se erigía en señor de una isla o una comarca. Venecianos, genoveses, franceses, florentinos, navarros y catalanes, todos quisieron un pedazo del manto imperial. Ya desde aquel momento, Bizancio fue sólo una débil valla para resistir las acometidas del Islam, y los turcos acabarían lo que tan eficazmente habían empezado los cruzados.

Cabe ahora preguntar qué debe la cultura a Bizancio. Los eruditos bizantinos conservaron algo de la ciencia y literatura griegas, y de sus reliquias se aprovecharon los helenistas del Renacimiento.

BIBLIOGRAFIA

Grabar, A.	*Iconoclasme byzantin,* París, 1958.
Grousset, R.	*Histoire des Croisades et du royaume franc de Jérusalem,* París, 1934-1935. *Les Croisades,* París, 1964.
Hauser, A.	*Historia social de la literatura y el arte,* Madrid, 1964.
Martin, E. J.	*A History of the Iconoclastic Controversy,* Londres, 1930.
Ostrogorsky, G.	*Histoire de l'État byzantin,* París, 1956. *Las condiciones de la vida agrícola en el Imperio bizantino,* en "Historia económica de Europa", dirigida por J. H. Clapham y E. Power, Madrid, 1948.
Pernoud, R.	*Les Croisades,* París, 1960.
Read, H.	*Arte y sociedad,* Barcelona, 1970.
Richard, J.	*Le royaume latin de Jérusalem,* París, 1953.
Runciman, S.	*Historia de las Cruzadas,* Madrid, 1956-1958.
Vasiliev, A. A.	*Historia del Imperio bizantino,* Barcelona, 1946.



Soldados occidentales de la cuarta cruzada representados en un mosaico de la iglesia de San Juan Evangelista de Ravena.